

1221

SI : ES POSIBLE LEER HOY A GALDOS

por Angel Rama

La Maga se ha ido. Horacio revisa (en los capítulos 31 a 34 de Rayuela) las huellas de su vida en el apartamento: una carta para Rocamadour, una factura de farmacia, una novela de Pérez Galdós que ella estaba leyendo. La hojea distraído; piensa en la Maga y en él; lee, desatento, una página cualquiera de la novela mientras sigue su monólogo; recuerda a la Maga; repara, de pronto, en lo que está leyendo, "una novela, mal escrita, para colmo una edición infecta", "pensar que se ha pasado horas devorando esta sopa fría y desabrida".

En un alarde de virtuosismo técnico Cortázar construye todo el cap. 34 sobre líneas paralelas: por una corre el texto de Galdós, que es la presencia de la Maga; por la otra el monólogo enamorado y nostálgico de Horacio que encuentra en el texto de Galdós el elemento irreductible e incomprensible de la personalidad de la Maga. Las escrituras, por sí mismas, construyen dos mundos, dos épocas diferentes de la lengua española y de la narrativa de esa lengua y plantean calladamente la pregunta que siempre vuelve a hacerse frente a un clásico: ¿es posible leerlo hoy?

Lo imposible es asimilarla a una escritura y a una técnica narrativa actual (como pasaría con Cervantes, con Dickens o Balzac, aunque menos con Tackeray, con Quevedo o Laclos) y esto vale como un anuncio de lo pasatista de tales condiciones de la literatura pero también de que es dentro de ellas, en el espacio que ellas fundan y sostienen, donde se produce la obra de arte y se decreta su pervivencia artística.

Mucho más tratándose de Galdós que, como su maestro Balzac, intentó la desmesura de "competir con el Registro Civil" y edificar un universo textual tan vasto y nutrido que pudiera sustituir a sus fuentes originarias. Por lo tanto no se le puede medir sino dentro de su propio río caudaloso, al cual hay que echarse con confianza para descubrir la serie aparentemente infinita de sus paisajes, navegar en sus aguas para poder disfrutar de sus creaciones insólitas. Dentro de cien años el lector de Cortázar deberá dar la misma prueba de bravura para apropiarse del arte que hoy está puesto, fácilmente, al alcance de cualquier ojo distraído.

Tarea siempre difícil, sobre todo con aquellos escritores muy prolíficos que supieron encontrar la vía de comunicación con el público de su época y disfrutaron de una inmensa y merecida popularidad. Porque si tal pasó fue porque se identificaron con el imaginario colectivo de su época y por lo

tanto junto con su mano fue la mano de su tiempo la que escribió sus obras. En un siglo tan oscuro como el XIX español, él cumplió la proeza de descubrir que esa grisura de una endeble monarquía con sus sempiternas revueltas carlistas y de una sociedad encerrada y agostada que iba despreocupada a la catástrofe del 98, era también una fuente de arte, de invención y de esquiva sabiduría. Para eso tuvo que volver los ojos (como después hicieran Giner y Costa y Unamuno) a un pueblo que ya no era el del alegre fandango de Ramón de la Cruz ni el de las apacibles escenas matritenses de Mesonero Romanos, sino el depositario de una grandeza embridada, como lo intuyera Larra sin saber amarlo.

---

Llegué juvenilmente a Pérez Galdós gracias a José Bergamín y por el artilugio de una apuesta. Discutíamos en rueda de estudiantes sobre cuál era la mejor novela española del XIX. Como era previsible yo defendía entonces a La Regenta de Clarín, pero las sutiles paradojas de Bergamín abogando por Misericordia de Galdós eran tan seductoras, que volví a leerla, nada más que para probar que yo tenía razón, claro está. Pero quedé perplejo: esa obra tan simple resultaba inesperadamente misteriosa, con oscuros recovecos. Me eché a leer a Galdós: Miau, La de Bringas, Fortunata y Jacinta, y luego, como quien se arroja al Amazonas, todos, todos los Episodios Nacionales.

Hasta el día de hoy mucho me temo que lo que creo saber de la historia de España de Trafalgar en adelante, no es otra cosa que el cuento que me contó don Benito Pérez Galdós, pero si la información histórica pudiera estar distorsionada por las exigencias narrativas, no lo pudo estar el amor que aprendí allí por la España de mantilla y de basquiña, por un pueblo viviente que se parecía demasiado al de mi propia familia para que no percibiera su acendrada verdad.

Porque lo genial de los Episodios está en haber contado la historia contemporánea desde la calle por donde se arraciman las turbas, desde los comedores adecentados y pobres, desde los mercados, desde los pasillos de Palacio, desde el palo mayor adonde sólo trepan los grumetes. Es el pueblo quien ve y cuenta, con furor y torpeza, con alegría y coraje, y ese cuento, sí, sin duda, ese cuento mucho significa.

"Galdós o los límites del realismo " podría titularse una revisión de su narrativa, recolocándola en esa larga obsesión de lo real que enciende al temperamento español desde el prodigio del Mío Cid o los frescos románicos, que atraviesa a Cervantes, a Quevedo, a los imagineros, que llevó a Unamuno a decir, ante el Cristo yacente de la Catedral de Palencia: "El Cristo de mi tierra es tierra" pues allí, la obsesión había saltado sobre sus límites. No parece una estatua lo que contemplamos en la urna de cristal, sino un macilento hombre momificado, con su piel, sus pelos, sus uñas, su terrible magnificencia. Aquí concluye el arte. El artista, como el Lorca último de La casa de Bernarda Alba, solo puede gritar "Realismo, realismo, ni una gota de poesía" para entonces darse de bruces con lo sobrenatural.

Se entiende entonces que un surrealista como el cineasta español Luis Buñuel haya redescubierto a Galdós: en él detectó esa desaforada extrema- ción de lo real que concluye traspasándolo y, a través del manso río cos- tumbrista, nos incorpora a un clima onírico donde el mundo convencional se da vuelta. ~~REXME~~ Porque si "el sueño de la razón produce monstruos" como otro obseso de realidad, Goya, grabara a modo de epígrafe sobre la serie de sus litografías (y la reversible ambigüedad de la frase ya ha sido varias veces destacada) "el sueño de lo real produce fantasmas", esos que pueblan Misericordia, esos que rodean a Nazarín, esos que consumen a Tristana, esos en que se anega la sabrosa miga de los Episodios Nacionales, esos que son espectadores de sus dramas-novelados de acento shakesperiano.

Pues este robusto y sano abuelo de la narrativa de la lengua, fue también un bergmaniano escudriñador de almas, quien golpeó tercamente sobre los úl- timos muros de la realidad aparental para saber qué se escondía tras ellos. Y no les tuvo miedo.

Su arriscado espíritu liberal, su pasión de verdad y de justicia, su ardiente sentimiento nacional, su asombrosa capacidad para reconocer al prójimo en cualquier hombre de esa desamparada romería española, le con- quisieron lectores que nunca habían tenido un libro en las manos y también la prevención de los "oficiales". Sobre él no recayó el Premio Nobel que terminó yendo a coronar a Echegaray (?quién recuerda hoy sus espeluznantes dramones?) pero quienes le sucedieron supieron siempre que la novela española que había fundado Cervantes, la sostenía por sí solo este robusto ~~antiguo~~ canario cuya imagen de abuelo junto al fuego lo presentó como el guardián siempre vigilante de la nacionalidad. Aún hoy esa sigue siendo su gran tarea histórica.